

APOLO

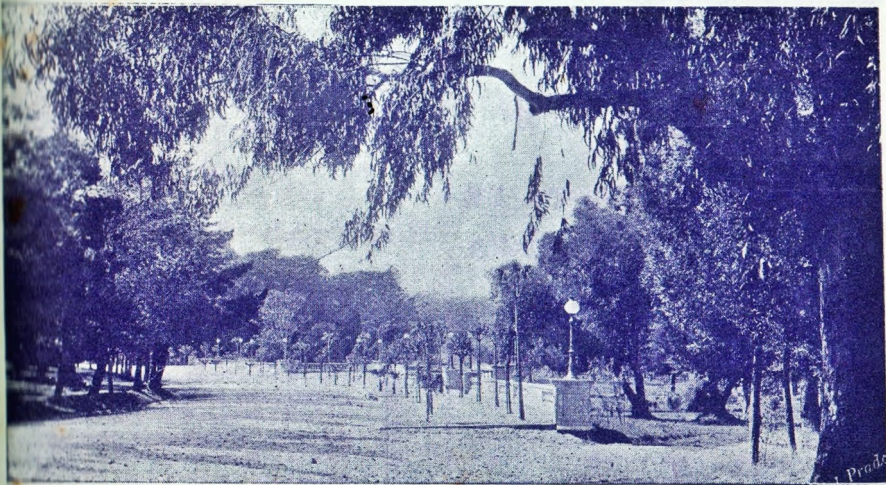
AÑO III

Número 19

REVISTA DE ARTE - - -

- - - - - Y SOCIOLOGÍA

- - DE PÉREZ Y CURIS - -



MONTEVIDEO - BUENOS AIRES

+ SANTIAGO DE CHILE +

SEPTIEMBRE DE 1908

SOMBRERERIA JOCKEY - CLUB

Argerio y Lena

SE HACEN SOMBREROS DE MEDIDA



GRAN VARIEDAD EN ARTICULOS

... PARA HOMBRES, RECIBIDOS ...

- DIRECTAMENTE POR LA CASA -

PRECIOS MÓDIGOS

- Avenida 18 de Julio, 360 -

(FRENTE Á LA CONFITERÍA AMERICANA)

MONTEVIDEO.

"GERMEN"



REVISTA DE
SOCIOLOGÍA



Director:

ALEJANDRO SUX



En venta en la

LIBRERIA MODERNA

CALLE SARANDI, 240

MONTEVIDEO

GRAN
CAFÉ

POLO BAMBA

DE

Severino San Román

(Emperador de los Cafeteros)

*Unica casa de confianza donde
se prepara el café á conciencia.*

*El más acreditado por gente
de exquisito paladar. No tiene
ni puede tener rival en la re-*

- - - gión del Plata - - -

Plaza Independencia, 37

y Ciudadela, 137 y 139

MONTEVIDEO

SEPTIEMBRE DE 1908

ESTE NUMERO CONTIENE:

EL SUEÑO DEL TETRARCA	por Vargas Vila
EN EL CAMINO	» J. R. Mendilaharsu
« MORENA Y TRÁGICA » DE ISAAC MUÑOZ	» Pérez y Curis
LA CAÍDA DE LAS HOJAS	» Miguel Luis Rocuant
PLAYERAS.	» Jorge González
LA TRENZA	» Angeles Vicente
A	» Adriano M. Aguiar
DON QUIJOTE	» Juan Guerra Núñez
DE SAJONIA	» J. M. Guerra Núñez
YA NO IREMOS	» O. Fernández Ríos
EL VAMPIRO	» Delmira Agustini
DEL CORTEJO INTERIOR	» Aurelio del Hebrón
LO ESPERADO	» P. López Campaña
ORIFLAMA.	» E. Mario Barreda
LA ÚLTIMA NOTA DE UN POEMA.	» I. Rodríguez Martín
CONNUBIO SENTIMENTAL.	» C. M. de Vallejo
ICONOCLASTA.	» L. Vicens Thievent
BIBLIOGRÁFICAS.	» La Redacción
ROSA ÍGNEA	» Pérez y Curis
BREVIARIO EPISTOLAR	» » » »

GRABADOS: PAISAJE, DOMINGO ARENA, PAISAJE, ANGÉLICA KAUFFMANN (CUADRO DE REYNOLDS), COPIA DE OTRO CUADRO DE REYNOLDS Y CARLOS MARÍA DE VALLEJO.



Y LA ELECTRO-TECNICA - URUGUAYA

Cioffi, Reguisei y Voulminot

Empresa de instalaciones electricas

Particulares é industriales

GRAN EXPOSICION DE ARTEFACTOS

Arañas, Brazos, Portátiles, Tulipas, etc.

Avenida 18 de Julio 65, esq. Convención

Los dos Teléfonos



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.º 19.

Montevideo — Buenos Aires — Santiago de Chile, Septiembre de 1908.

Palabras políticas de Vargas Vila

El sueño del Tetrarca

Desde el Tratado de Westphalia, tan enfáticamente llamado el CÓDIGO DE LOS PUEBLOS, el Gobierno de la Europa, no ha sido, sino un verdadero estado de sitio, bajo cuya abrumadora inanidad se siente clamar los pueblos:

espíritus llenos de una sencillez prudhomescá, han elogiado hasta el ditirambo la diplomacia de ese Congreso, que no proclamó ante el mundo, sino un solo derecho: EL DEL MÁS FUERTE;

esclava de la Fuerza, la Europa, no ha podido concentrar su esfuerzo sino en la conservación de una paz armada, cuyo triunfo efímero, es más terrible que el de las más sangrientas derrotas;

la obra de todas sus Cancillerías, ha sido la combinación de un esfuerzo Diplomático-Militar, tendente á conservar ese estado violento, lleno de luchas instintivas y de competencias apasionadas;

los pueblos han sufrido ese statu quo de la brutalidad; ora

con una resignación triste, llena de presagios, ora con una violencia creciente, llena de peligros;

la dogmatología de los partidos de la fuerza, ha tendido al imperio de esa paz enferma, como la única salvación de su tradición adentro y de su seguridad afuera; mientras los partidos extremos, se encabritan contra esa paz, y zapando los cimientos medioevales de las actuales formas de Gobierno, combaten abiertamente la guerra por la revolución en las conciencias, y los ejércitos permanentes por la abolición del servicio militar;

entre el arcaísmo oficial de los unos, y el materialismo gubernamental de los otros, los hombres de Estado, desorientados y dudosos, se suceden en el Poder, agitando en el vacío y fracasando en la impotencia, sin encontrar fórmula posible entre la violencia y la debilidad, ni solución entre lo que ha sido y lo que debe ser, ni terreno práctico alguno,

para pactar en una economía de transición, que salve la Europa de este estado alarmante de paz sin tranquilidad y de fuerza sin autoridad, que distingue el estado actual de las naciones;

¿Cómo evitar la guerra?

¿Cómo desarmar la paz?

He ahí, lo que preocupa á los hombres de Estado, fuertes de voluntad, conscientes de su misión superior, deseosos de acabar con esta gestación de cosas sangrientas, y establecer, definitivamente, el Equilibrio y la Concordia de los pueblos;

la astucia y la violencia, continúan en ser la sola fuente del Derecho Público, y la Fuerza, el solo Poder dictando al ruido del cañón sus leyes en forma de Tratados;

y, esos Tratados, continúan en mostrar su único principio: LA FUERZA, de la cual, el mundo, parece no poder sacudir la inexorable necesidad;

—

La idea de un PARLAMENTO DE LA PAZ, como la idea del ARBITRAGE, no son nuevas en el mundo de la Política y de la Diplomacia;

ellas, han obsesionado las mentes más ilustradas, y los corazones más generosos, deseosos de acabar, con la Anarquía organizada por la violencia, que es el Estado político de la Europa actual;

en vano, Enrique IV é Isabel de Inglaterra, ensayaron la creación de un PARLAMENTO DE LAS NACIONES, que fuese como un Tribunal Regular del Derecho de Gentes;

esta obra colosal que el gran pensamiento de Sully, secundaba denodadamente, fué muerta por el puñal de Ravallac, al atravesar el corazón del Gran Rey;

la Europa, la declaró irrealizable;

de esa gran política de los dos primeros soberanos del mundo moderno, Richelieu y Mazarino, no fueron capaces de tomar sino los expedientes; y la idea de aquel Supremo Tribunal internacional, que fuese como la base jurídica de la igualdad de las naciones, fué relegado por la vanidad de los unos y por la inercia de los otros, al limbo de las cosas imposibles;

el cañón desgarró los tratados dictados por la guerra de los CIENTOS AÑOS y la anarquía creada por el Congreso de Westphalia continuó en reinar.

Esta asamblea plenaria de los estados europeos, fué incapaz de instituir el Tribunal de Derecho Público y el código de las naciones, del cual los pueblos y los soberanos sentían y continúan en sentir, la clamorosa urgencia.

Faltó al de Westphalia, ese carácter legal y moral, que el congreso de Arrás tuvo;

este fué una reunión de potencias mediatrices, reunidas por el solo interés humano de detener una guerra entre pueblos cristianos; y aquel, al contrario, fué una reunión diplomática, de potencias beligerantes, directamente interesadas, siendo jueces y partes, y no teniendo otra inspiración que la dictadura de los ejércitos victoriosos y el juicio, siempre ciego, de la fatalidad de los combates.

los verdaderos diplomáticos, fueron entonces, los grandes generales, dictando como vencedores ó como vencidos, sus leyes á la Diplomacia, á los golpes de cañón que se enviaban del Danubio al Ezcaul y del Pó al Báltico;

de ahí la esterilidad de su obra:

desde entonces, el llamado Equilibrio de las Potencias, no pudo sostenerse sino apuntalado por las bayonetas; y el Derecho Público, no sufrió otros comentarios que los comentarios de la espada;

en vano, los Congresos se sucedieron á los Congresos, sin lograr fundar nada, sobre ese terreno batido por todos los huracanes de la Fuerza;

el Congreso de Nuremberg (1649-1651) como el de Niegmeque, (1696) fueron nulos, á pesar de ser el Papa y el Rey de Inglaterra mediadores;

el de Rysswy en 1697, el de Utrech 1712, el de Aixle Chappelle, bajo la dictadura Franco-Inglesa, que hizo murmurar á España; el de Teschen 1779; el de Rastad 1798 en que se trató sólo por notas; y el de Amiens en 1801, que fué más bien un *pouparleur* entre la Diplomacia Francesa y el Foreign Office, con prescindencia absoluta de todos los demás;

¿he de relatar aquí los cuatro Congresos de la Santa Alianza estériles para el Derecho, como todo lo que salir podía de ese organismo vetusto, enemigo de todo derecho colectivo creado?

su sangrienta esterilidad los pone casi fuera de la Historia,

el Congreso de Viena, no fué sino un acto de venganza de los aliados contra la Francia, y, hecho para vengar la guerra y no para evitarla, no merece ser contado entre los Congresos de la Paz:

el 21 de Marzo de 1859 el Emperador de Rusia, en vista de la guerra inminente entre el Austria y el Piamonte, ensayó convocar un Congreso Europeo con el fin de provenirla;

ese Congreso fracasó, por la opo-

sición del Gobierno Austriaco;

en 1863 Napoleón III Emperador de los franceses, después de haber anunciado al mundo que, LA ERA DE LAS CONQUISTAS HABÍA PASADO, invitó á los países de Europa para un Congreso que tenía por objeto: LIMITAR LOS ARMAMENTOS EXAGERADOS Y ATENDER AL ESTADO ENFERMIZO Y PRECARIO DE LA PAZ, en el continente;

esa generosa llamada al interés y á la razón de los Gobiernos, fracasó también;

á ella siguieron de cerca, la Guerra de Italia y la expedición de Méjico, como para demostrar la ironía sangrienta del destino y el ridículo conmovedor que marca la inanidad de la palabra humana, cuando quiere detener con el dique de un vocablo la marea tenebrosa de los hechos por venir;

la rapacidad organizada, continuó en ser la Ley de los más fuertes, y el cañón, en dictar su veredicto, al inerte dolor de los más débiles;

el pensamiento generoso, naufrago de la Diplomacia, se refugió en el cerebro visionario de algunos sociólogos, y la concepción de una Paz Universal, pareció delegada á los limbos de un platonismo lúcido confinando con las fronteras siempre amables del País de la Utopía;

nuestro siglo brutal, de asoladora y ruda vegetación de obras de fuerza, hizo que hablar de esa paz, pareciese, si no un atrevimiento ilimitado, al menos sí, el ensueño del más ridículo candor;

el siglo que Napoleón había inaugurado por la Fuerza, acababa de desaparecer, con rudos alardes de un barbarismo militar omnipotente;

un ambiente bárbaro llenaba

la atmósfera, y el gesto despótico de los hombres armados, era como el augurio del alba siniestra, en que había de temblar el mundo, ante el drama fratricida que la inexorable fatalidad parecía reservarnos.

Fué entonces, que el Soberano absoluto de un país recientemente vencido por la guerra, vino á hablar al mundo de la paz;

fué un vencido de los combates materiales, quien tuvo esa gran palabra de Victoria moral.

Del fondo de su palacio, rodeado de soldados, entre los gritos asordadores del motín, cercado por la revolución y por la muerte, el Czar de todas las Rusias, lanzó al mundo su mensaje de paz, y convocó á las naciones á ese gran Plebiscito del Derecho, que ha sido la conferencia de la Haya, que acaba de cerrarse.

Yo, no sé de alguien que haya tomado en serio el Congreso Pan-Americano, de Río Janeiro; ni siquiera Mr. Root, y el Barón de Río Branco, que se guiñaban el ojo, por sobre las cabezas tontaraces y multicolores de sus colegas, inclinadas en señal de adoración, ante el retrato de Roosevelt...

esa mascarada tropical, se desvaneció en el silencio...

pero, no así la Conferencia de la Haya;

ese pufismo ostentoso de los pacifistas, más ostentoso que una obra de misericordia de Carnegie, si fué tomado en cuenta, aunque hipócritamente, por la Europa miedosa, coaligada para admirarlo...

ningún pensador serio, creyó en la eficacia de esa Conferencia;

su fracaso, era previsto, mucho antes de su Sesión Inaugural;

todos sabían, que el sueño del Tetrarca moscovita, sería irrealizable, y, que de su desastrosa inanidad, no resultaría, sino una recrudesencia del instinto guerrero, que trabaja el corazón del mundo, y, una agravación más rápida del anarquismo y el despotismo en los gobiernos;

en cuanto á los diplomatas del viejo mundo, ellos sabían que su misión era la astucia; nombrados para representar la farsa imperial, ellos llenarían su papel sin ninguna convención profesional, dispuestos á cortejar la soberanía de la Fuerza, é inclinarse ante ella, como ante un veredicto de la Divinidad...

en cuanto á los débiles se les había invitado para deslumbrarlos y para humillarlos...

el sabor de militarismo gótico, que distinguió desde el principio la resonante Asamblea, acabó con las pocas ilusiones, que los soñadores del mundo, con un entusiasmo conmovedor, habían sembrado como rosas, sobre aquella muralla de la Fuerza bruta;

el caporalismo Tudesco, imperativo y alceccionado, convirtió desde el primer día, las discusiones de aquel Congreso, en las de un Estado Mayor Universal, arreglando los preliminares de un combate...

en aquella asamblea de la Paz, no se habló sino de la Guerra...

y, como si no fuesen bastantes los discursos de los hombres, las fusiladas japonesas, asesinando la Independencia de Corea, vinieron á unirse á estas deliberaciones...

y, los cañones del Almirante Philibert, violando, los más triviales preceptos del Derecho de gentes, sonaron en la augusta Asamblea, para anunciarle, cómo se asesina un pueblo, cómo se

violan todos los preceptos de la Civilización y de la Humanidad, cuando ese pueblo no pertenece al salvaje comité de los más fuertes...

la sangre de Seoule, salpicó, aquel Tribunal Feudal, presidido por el alma de Moltke, y, el cadáver de Marruecos, cayó en la SALA DE LOS SEÑORES de Holanda, para mostrar á aquellos forzados de la guerra, toda la infame esterilidad de su misión...

en cuanto á nuestra América

y, Mr. Choate, como si tradujese bien, el alma aventurera, codiciosa y fríamente cruel de su Amo, se oponía, á la admisión de la doctrina Drago, ese triste harapo de derecho, que su mismo autor acabó por renegar y traicionar...

las colonias americanas (Cuba y Panamá), habilitadas de soberanía provisoria, para los sucios menesteres del sacrificio de la raza, concurren con sus amos á la extinción de todo derecho



ecuatorial, fuera de los Delegados, que defienden sus dietas, nadie osará decir, que hemos ganado algo, en aquella comedia irritante, de la cual, el alma de la Justicia estuvo ausente;

mientras se discutía en la Haya, sobre el Derecho de los pueblos, las manos de Mr. Roosevelt, — ese temible clown del pacifismo, — apretaba el cuello de Centro-América, hasta casi ahogarla, porque esos pueblos resistían hasta donde era posible á la panamización lenta del Istmo;

escrito, para nuestra pobre América, una vez más mistificada y vendida; aquellos esclavos, vendidos y no conquistados, pusieron en abandonar á sus hermanos mayor empeño que el que habían puesto antes en abandonar la Libertad y en traicionar la Raza...

¿Tendrá la América ocasión de consolarse de esta nueva derrota de sus esperanzas?...

sí...

el día en que iluminada por un rayo de Damasco, rechace el

Pan - Americanismo corruptor é invasor, y proclamando altamente el Indo-Hispanismo, convoque un Congreso, NETAMENTE LATINO AMERICANO, sin la tutela vergonzosa de los yankees, lejos de su salvaje policía diplomática;

frente á la teoría de la Pasividad, es necesario alzar la teoría de la Actividad...

el pecorismo de nuestra Diplomacia asusta...

pueblos sin iniciativa, pueblos sin fe, habiendo renunciado á la Libertad antes de adquirirla ¿vamos también á renunciar á nuestra nacionalidad antes de defenderla?...

¿imitaremos todos á Colombia?

¿no tendremos como aquella nación, decrepita y desgraciada, una gota de sangre en las venas para verterla á la hora en que la espada de la fuerza, tendida sobre nosotros, venga á mutilarnos?...

no: sólo Colombia, es capaz de producir á Huertas...

sólo Colombia es capaz de coronar á Reyes...

no:

aun hay nieve en las cimas, y, el día que el sol del patriotismo la derrita, bajará sobre la tierra, hecha un torrente de fuego...

y, á esos pueblos, que retroceden vertiginosamente, tan lejos como es posible, hacia la Nada, ese torrente los contendrá como un río invadeable...

y, detenidos en su estupefacción, esos pueblos, darán cara á la Conquista...

y, dar cara á la Conquista, es dar cara á la Victoria...

no mueren otros pueblos, que aquellos que se suicidan...

Pargaskila

En el camino...

Para APOLO.

Mi canción ora es triste cual hojas
Que el otoño doliente dispersa,
Esas hojas que hablaban á Werther
De la Muerte con débiles quejas;
Ora tiene un clarín en sus ritmos
Y entusiasta, febril, aletea,
Entregando, orgullosa, á los vieutos
Su purpúrea y rebelde bandera
Como un bimbo que brilla en las cimas
Donde triunfa la luz de la Idea.

Mi canción ora emite sollozos
Como lo hacen las rimas de Bécquer,
De Leopardi, los versos sombríos,
Y la flauta del pobre Verlaine,
Ora expresa con sonos de diana
Esperanzas é ideales que mecen
Su corona de azur en los astros
Como flores de un sueño celeste.

Al amigo y al poeta José G. Antuña.

Mi canción ya es un beso en delirio
Cual los besos que daba Romeo,
O ya es mística nota de armonio
Que atraviesa una nube de incienso...
Ya contiene en su seno jazmines
Florecidos en valles helenos,
Ya posee la llama de un cirio
Que paciente agoniza en un templo...
Es mirada que invita á Cleopatra
A rendirse á unos labios de fuego,
Es murmullo de selvas indúes,
Es plegaria que va hacia el Silencio,
O es la gota de lluvia que llora
Bajo un pálido cielo de invierno...

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.

Francia, Junio 1903.

Por jardines ajenos

«Morena y Trágica», de Isaac Muñoz

He aquí el libro no de un pensador sobrio y profundo ni tampoco de un novelista sensible á extraños y complicados psicologismos, sino de un divino artista de quien diríamos el Leonardo de Vinci de la prosa.

«Morena y Trágica» es una bella etopea rica de colorido y modernidad en que aparece toda desnuda el alma supersticiosa de la raza gitana cuya vida es una fuente de misteriosos ritos y prácticas cabalísticas.

Isaac Muñoz, que es á la vez un mago de las sensaciones y un innovador de verdad enamorado de la forma, ha interpretado bien el modernismo, y alejándose de todo aquello que cercana ó remotamente pudiera atribuirse á un modelo, nos ofrece á manera de poema un dechado de novela, regio y original.

Sin profundizar el concepto de las cosas, y si cuidando escrupulosamente la euritmia de la frase breve y lapidaria y los modos de expresión que han de sugerir concretamente al lector emociones estéticas similares á las suyas, él es, entre los escritores contemporáneos un cruzado del arte nuevo porque su estilo único, rebosante de belleza, armoniza con el joyel de su ideología lírica, más alta y más pura que la de quienes, fingiéndose refractarios á las leyes académicas, no aceptan las innovaciones de los grandes modernistas.

El modernismo no consiste sólo en la forma á pesar de los asertos de algunos escritores, ni en la novedad de las sensaciones únicamente, según afirman otros que nos lo presentan como sinónimo del decadentismo.

Sin embargo, quien no concibe modernista una obra nueva en el fondo por sus ideas puramente tendenciosas, ó si se quiere, por la sutilidad de sus impresiones emotivas, si es clásico el molde que sirvió para ejecutarla, jamás debiera concebirla en la forma si su esencia es extraída del árbol de las ideas caducas.

Imaginaos la obra de un pensador modernista escrita en el lenguaje de Cervantes y podréis compararla con un «Don Quijote» de forma moderna.

¿No veis que ambos son la antítesis del modernismo?

Y bien: el modernismo es producto de la conjunción del color y la esencia ó sea de la forma y el fondo que tienden á armonizarse á medida que se opera la evolución literaria y la idea del individualismo cunde doquiera y se cristaliza en los cerebros ansiosos de renovación.

En América, como en España, hay escritores que sin poder llamarse clásicos tampoco son modernistas. Permanecen vacilantes en la penumbra, no atreviéndose á optar por el arte moderno que es el fruto del esfuerzo individual.

Hay otros, en cambio, como Vargas Vila, Rubén Darío y Santiago Argüello (éste en prosa, solamente) cuyo arte es absoluto.

En España Felipe Trigo, Valle Inclán, Miguel A. Ródenas (1) y otros entre los prosadores, que no cito ahora porque no conozco toda su labor intelectual, se han lanzado á la conquista de un estilo propio y lo han conseguido merced á su desdén por las escuelas literarias y á su gran deseo de no semejarse á nadie.

Tal hizo Isaac Muñoz con su novela «Voluptuosidad», maravilla artística que parece hecha por un orfebre de la palabra, y ahora afirma su personalidad con «Morena y Trágica» que es como un poema pagano cada uno de cuyos versículos encierra, no obstante su brevedad, una salve al amor humano ó un madrigal de miel á la belleza plástica que produce dulcísimas sensaciones é ilumina y educa el sentimiento estético.

La pintura descriptiva, así como las semblanzas de los personajes de ese libro, no pueden ser más sugestivas y exactas dentro de la síntesis de la oración en la que su autor no emplea voces superfluas que amenguarían la gracia y espontaneidad de su léxico sonoro.

La prosa de Isaac Muñoz es de una vaga armonía que á las veces contrasta con el realismo de las escenas audaces que él pinta magistralmente. Es el suyo el divino contraste de un cuadro voluptuoso á lo Watten en el que sólo se emplearan matices claros con el objeto de espiritualizar el motivo.

Siendo amoral por temperamento, Isaac Muñoz no cree en eso que han dado en llamar algunos: pornografía del arte. El arte no es pornográfico. Donde hay arte jamás hay pornografía; hay verdad, además de belleza, porque el artista verdadero no ha de ser un moralista cuyo objeto primordial sea halagar á todos los pudibundos.

Pero hay también un principio de moral falsa en ciertos escritores timoratos que suelen velar con enigmáticas frases sus escenas descarnadas, tergiversándolas por completo.

Y eso es contraproducente para el criterio de los lectores suspicaces que aman el arte tal como es por naturaleza, y no deformado por el velo de la hipocresía.

«Morena y Trágica» es de un verismo absoluto y de una evocación tan fiel de la vida y las costumbres gitanas, que recuerda el alma reminiscente de los cantares de gesta.

Martirio, supersticiosa ferviente como todas las gitanas que creen en la virtud de los amuletos y de los augures, ama febrilmente y se entrega al hombre que la requiere.

Luego, para que el amor perdure, según los ritos gitanos, hiere el brazo del amante y éste á su vez el de ella, y ambos succionan mutuamente la sangre que brota de las heridas hechas en holocausto al amor. Y terminan el acto sus tremantes bocas con un beso largo y sensual que sella el pacto amoroso.

(1) Recomiendo la lectura de «Tierras de Paz» de este admirable escritor. Próximamente me ocuparé de ese libro cuya dulzura eglógica me hace pensar en los idilios pastoriles de Arcadía.

Después ambos se separan y cuando vuelven á verse, Martirio, movida íntimamente por quién sabe qué pronóstico fatal duda de la fidelidad del amante y se entrega de lleno á la cábala procurando saber su destino.

El Hado no le es propicio. El le dice que su amante ya no la ama y su amor grande y ardiente truécase en odio hacia él.

Y muere de amor Martirio, cumpliéndose así su lúgubre presentimiento :

« Yo moriré porque tengo tu zangre, porque soy tu rumí, y porque no podría mirá á otro hombre ».

Tal es, en síntesis, el tema de esa novela que tiene poesía de idilio y rasgos perversos de voluptuosidad y lujuria.

Las inclinaciones sádicas que se insinúan precediendo al espasmo; los atractivos del sexo sediento y devorador; la crueldad y la tortura implacables usadas como incentivos para el goce sexual; todo cuanto hay de humano en el amor está descrito con altura en esas páginas de fuego, cuyo fondo de verdad es un mérito enorme que hoy nadie alcanza á loar.

Aunque « Morena y Trágica » no es esencialmente lo que se llama una novela psicológica ni de modernas orientaciones sociales ó científicas, la psicología de los variados tipos que presenta Isaac Muñoz es tan delicada y veraz que lleva á la imaginación del lector el arquetipo acabado y el carácter general de la raza á que aquéllos pertenecen.

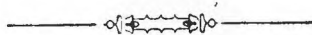
El gran instinto de observación pictórica y la grande intuición de lo bello que acusan las descripciones breves y amenas de esa obra hablan tanto de un sensitivo en cuyo espíritu priva la influencia del miraje como de un poeta en cuyos labios pone el Arte armoniosas formas verbales aparentes al motivo de su canto.

Esa virtud del escritor de fibra que aduna á la riqueza de sus emociones íntimas el venero inagotable de sus arpadas verbalizaciones no invoca turiferarios para demostrarse á todos ni compra el silencio de la crítica convencional, dócil tan pronto al soborno como á la ferocidad.

Isaac Muñoz no necesita, pues, turiferarios, porque su vigoroso talento es superior al elogio y porque sus libros, á fuer de originales, no tienen reminiscencias de otras lecturas ni siquiera semejanzas con ningún otro estilo.

Entre las joyas de la moderna literatura que hoy ejecuta en España un selecto grupo de paladines del Ideal, « Morena y Trágica » es un breviario de amor y un bello simbolo de arte.

PÉREZ Y CURIS.





DOMINGO ARENA

Lira Chilena

La caída de las hojas

CERRO SANTA LUCÍA

Para Apolo.

En el Cerro. Anochece. Ya el verde amarillica
en el ralo bosque, i en los Andes clarea
una línea de nieve con un róseo matiz.
Voi siguiendo la verja que oxida la patina,
mirando el eucaliptus, el armo, la encina
i á lo lejos, el kiosco, dibujado en el gris.

Sopla el viento de otoño. Las hojas, dando vueltas,
descienden de soslayo, i agrupadas ó sueltas,
las veo sobre el polvo de la senda correr,
en tanto que allá arriba, los árboles confunden
sus copas oscilantes, i se pierden, se funden
en las tintas del cielo que empieza á ennegrecer.

Yo sigo paso á paso. Al través de las ramas
infiltran las estrellas el oro de sus llamas,
que resbala con suelto, cristalino temblor;
tan levemente cae la luz sedosa i rubia,
que imita la lijera, la fujitiva lluvia
de los pétalos blancos de algún árbol en flor.

¿Qué viento las ajita? Me detengo. ¿Hacia ellas
qué me atrae? ¿Qué aguardan las abiertas estrellas
cuyas luces descenden con trémula fluidez?
Sus hojas me sujieren la esperanza del fruto,
por el cual ya hace tiempo, que se dan en tributo,
cayendo temblorosas, como aristas de mies...

¿Serán, talvez, como esos corazones que dejan,
cansados de la vida, en vientos que se alejan,
una á una las frondas de sus sueños flotar,
sin sentir ya las ansias dolorosas de un día
que, abriendo entre la bruma de cualquier lejanía,
los haga dar el fruto de su largo soñar?

¿Quién sabe! Mas si nunca la vida late en vano,
si al fondo de los cielos i al fondo de lo humano
ella anima el esfuerzo de toda floración,
en auroras lejanas, del futuro sabidas,
¿no hará que nazca el fruto de las hojas caídas
de la pálida estrella i el rojo corazón?

Se intensa la penumbra. Los élitros de un grillo
crepitan en la grama; el fulgor amarillo
de un farol parpadeante se enciende en el confín.
Es la noche. I rasando los árboles que, rectos
o en mayúscula i griega se levantan erectos,
yo sigo mi camino, lentamente, sin fin.

Sabiendo que entretanto la ideal primavera
no alumbra el horizonte, los sueños del que espera
i las briznas florales de la luz estelar,
seguirán, en el triste silencio vespertino,
cayendo cual las hojas de este largo camino
bajo el soplo de viento que las quiera arrastrar!

MIGUEL LUIS ROCUANT.

Santiago de Chile.

Playeras

Para AROLO.

I

Viejo encanto que revives
á la luz crepuscular;
viejo encanto que recibes
mi adoración junto al mar;

yo sé que tú no concibes
ni mi amor ni mi pesar
i sé que cuando me escribes,
escribes riendo, al azar.

I no sabes, perla viva!
lo que mi alma sensitiva
sufre mirándote así

tan pálida en la ribera
como una sombra playera
que se muere junto á mí!

II

Escribe sobre la arena
tu nombre. Escribe tu nombre!
i que la playa se alfombré
con nombres tuyos, sirena!

(I como tú eres tan buena
ojalá que no te asombre
mi extraño delirio de hombre
al querer besar tu pena...)

Escribe tu nombre. Escribe...
I mi adoración recibe,
oh, mi inefable sirena!

I si aquí otra vez volvemos
buscaremos, buscaremos
tu nombre escrito en la arena!

JORGE GONZÁLEZ.

Santiago de Chile.

LA TRENZA

á Luis de Terán.

La puerta se abre suavemente y una corriente de aire frío penetra en la habitación, una habitación humilde de estudiante bohemio. Sobre la mesa de noche se ve la mitad de un cráneo, y sobre el pupitre, en revuelto montón, libros y papeles, restos de esqueletos, clavículas, falanges, una tibia gigantesca...

Atilio ha estudiado esta tarde. Después, rendido, casi extenuado, se ha tendido en el lecho, que en estos momentos de cansancio es su paraíso terrestre. Algún rumor llega de la calle: son los últimos trasnochadores que se retiran á sus viviendas. Reina en la casa profundo silencio. La lámpara se apaga... Y he aquí que de la puerta abierta, cual de esa puerta eterna y misteriosa por donde pasan todos los sueños, se precipitan multitud de negros fantasmas; uno, otro, otro más... Pronto está llena la habitación. Se oyen voces tenues como suspiros.

— Duerme.

— Dejémosle estar.

— Está cansado.

— Si pudiéramos vengarnos...

— No, dejadle.

— Pero si me ha deshecho, me ha cortado, me ha descarnado.

— A mí también.

— Mientras tenía mi cráneo entre sus manos pálidas y nerviosas, le ví temblar. Por largo rato tuvo fija su mirada en mis descarnadas órbitas, como si quisiera penetrar el misterio de mi vida y de mi muerte...

Una voz más dulce, más tenue, como un suave murmullo, se impone á las demás:

— También á mí me ha profanado... y le perdono...

Al sonar esta voz, las sombras negras se desvanecen. En tanto, una sombra vaga, informe, blanquecina, como un girón de niebla, se aproxima al lecho y se inclina al oído del estudiante, que duerme profundamente. Le habla:

— Atilio... Soy yo, tu Elena... ¿No me reconoces?... Hace pocas horas me tuviste en tus manos, indiferente y cruel... ¿no me reconociste?... Estaba tan desfigurada... tan cambiada!... has descarnado mis pobres huesos, has fatigado tu vista, has puesto toda tu voluntad de operador en mi materia mortal... Y pensar que tendrías miedo de tí mismo si...

La voz se dulcifica:

— Sí, habrías tenido miedo... ¿No me conoces aún? ¿Por qué tiemblas?... Sí, soy yo, Elena... ¿Quieres saber lo que fué de mí durante tu ausencia?... ¿Para qué?... ¡La vida! La vida es sólo un tránsito... ¡Qué ridículas me parecen ahora mis penas de entonces, y qué infantiles mis alegrías!... ¿Para qué quieres saber lo que fué mi vida lejos de tí?... No vale la pena de relatar aquel suplicio... Imagínate las mayores humillaciones, las más grandes miserias... Fui presa de caricias brutales, de explotaciones inicuas, de infames vilezas... Ah, tampoco entonces hubieras tú reconocido á tu Elena, degradada y caída... La muerte, tan estúpidamente temida, me redimió al fin y me trajo á tu lado, dejó á mi espíritu que volase libre á tu encuentro y te entregó mi cuerpo, mi pobre cuerpo inerte y lacerado, en una sala anatómica,

delante de unos arrogantes escépticos... No me reconociste, me viste lívida, desnuda, tendida sobre una mesa, cerrados los ojos, los miembros casi descompuestos, y no sospechaste siquiera que aquel cuerpo había sido incentivo de todas tus ilusiones... ¿no quedaba en él nada de aquella ideal belleza que te deslumbraba?... Un profesor flaco, huesudo, de voz estridente, me mostraba á sus alumnos, describiendo las impurezas de mi piel, las deformidades de mis miembros enfermos. Luego empezó á seccionarme con un bisturí... Pero ¿sufres? ¿te horrorizas?... Tranquilízate: no sigo... Olvidaba que tú vives aún vida material y he alterado tus nervios...

El fantasma vacila y enmudece. Otros fantasmas se acercan y rodean el lecho, fundiéndose y compenetrándose con fluidez maravillosa. El primero se reanima por fin y habla de nuevo al dormido, inclinándose sobre el lecho con solicitud maternal:

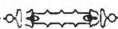
— Nada temas: yo velaré por tí. Antes de morir, ¿sabes?, quise escribirte. Te escribí una carta larga, llena de lágrimas. Después me hice cortar el cabello, aquella trenza de oro que tanto habías amado en otro tiempo, y la dejé, con la carta á tu nombre, encargando que te buscasen. Guárdala, porque su influencia será beneficiosa á tu vi-

da... Despiértate, querido...

Atilio se despierta nervioso, inquieto. ¿Había soñado? ¿Era un alucinado? ¿Qué historia era aquella? ¿Quién era aquella Elena que se le aparecía en sueños?... De pronto, un recuerdo y una duda terrible le hacen estremecerse: Elena... sí, Elena se llamaba su primera novia, la compañera de su infancia allá en el pueblo natal. ¿Pero cómo se había olvidado de ella? ¡Si la había querido tanto!... Se apodera de él el terror. En la obscuridad tropieza, haciendo caer el cráneo que está sobre la mesa de noche. El ruido que éste hace al caer, aumenta la intensidad de su miedo y permanece inmóvil esperando el alba. Lluve en la calle insistentemente... Un reloj, escondido en alguna casa vecina, da las horas incansable y monótono. Al primer rayo de luz que penetra por los vidrios de la ventana, se viste Atilio, sale precipitadamente á la calle sin cuidarse siquiera de cerrar la puerta de la casa y corre al hospital. La sala anatómica está cerrada.

— ¡El guardián! ¿Dónde está el guardián? La puerta se abre al fin sin ruido... El interior está vacío como un sepulcro abandonado. Atilio titubea unos instantes y por fin se lanza á la calle... Cuando vuelve á su casa, encuentra sobre la mesa una carta y una trenza de cabellos rubios.

ANGELES VICENTE.



A...

Fuente pura y cristalina
Donde el amor se retrata,
Como en un lago de plata
La luz del alba pristina;
Del mar misteriosa ondina,

Aura que endechas murmura
Es tu célica hermosura,
Y en pos de tu huella voy
Que yo satélite soy
Del astro que en tí fulgura.

ADRIANO M. AGUIAR.

Lira Cubana

Don Quijote

Para Apolo.

Va por la Mancha el Manchego
Con su yelmo y con su adarga,
Mientras que su pecho embarga
Terrible pasión de fuego.

La bella dama, su ruego
No escuchó; y él con su amarga
Tristeza que es una carga
Va por los caminos, ciego.

Dice su cántico de oro
El de la *Triste Figura*
Junto al balcón ojival,

Sonando que la « Hermosura »
Oye su verso sonoro ;
Desde su alcoba feudal.

JUAN GUERRA NÚÑEZ.

De Sajonia

Para Apolo.

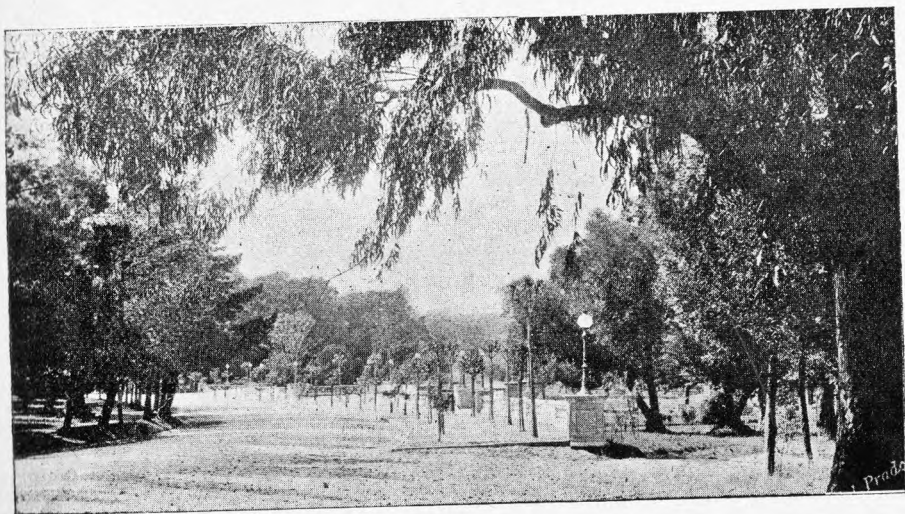
Blanca y bella, casta y pura,
Semejante á una azucena,
La vi una noche de pena,
De pasión y de amargura.

Blanca y bella, su hermosura
De princesita agarena.
Me dejó de anhelos llena
El alma torva y obscura.

Taciturna y pensativa,
Bajo la moruna ojiva
Del elegante salón,

Una visión parecía
La niña dulce y sombría
Que me robó el corazón.

JOSÉ M. GUERRA NÚÑEZ.



Lira Uruguaya

Ya no iremos . . .

(De *Zig Zag*, Santiago de Chile)

A Francisco Villasespa.

Ya no iremos, ya no iremos
Los dos juntos á pastar por la pradera,
A contarnos mutuamente nuestras cuitas,
Nuestras ansias, nuestros sueños, nuestras penas!

¡Ya no iremos, ya no iremos,
A pasear por la pradera.

Ya no iremos como entonees,
A soñar bajo las frondas de los sauces,
En los días de apacible primavera,
Bajo el oro prodigioso de sus tardes!

¡Ya no iremos, ya no iremos
A soñar bajo los sauces!

Ya no iremos, ante el lujo del ocaso,
Silenciosos, á llorar sobre las rocas,
Escuchando como sórdida querella
Los vaivenes rumorosos de las olas!

¡Ya no iremos, ya no iremos
A llorar sobre las rocas!

Ya no iremos á llevar pan á los cisnes
Que nacieron en el lago;
A los cisnes que tenían su merienda
En el ánfora divina de tus manos!

¡Ya no iremos, ya no iremos!
Tú y los cisnes que nacieron en el lago
Ya se han muerto, ya se han muerto!

Montevideo.

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

El vampiro

Para APOLO.

En el regazo de la tarde triste
Yo invoqué tu dolor . . . Sentirlo era
Sentirte el corazón! Palideeiste
Hasta la voz; tus párpados de cera

Bajaron . . . y callaste . . . y pareciste
Oír pasar la Muerte . . . Yo que abriera
Tu herida mordi en ella — ¿me sentiste? —
Como en el oro de un panal mordiera!

Y exprimí más, traidora, dulcemente
Tu corazón herido mortalmente,

Por la cruel daga rara y exquisita
De un mal sin nombre, hasta sangrarlo en
[llanto!]

Y las mil bocas de mi sed maldita
Tendi á esa fuente abierta en tu quebranto.
Por qué fui tu vampiro de amargura? . . .
¿Soy flor ó estirpe de una especie obscura
Que come llagas y que bebe el llanto? . . .

Delmira Agustini.

Del cortejo interior

(FRAGMENTOS)

Para AROLO

.....
Y, lentamente... largamente... pasan,
como una silenciosa teoría en la solemne
lontananza en crepúsculo del recuerdo, como una
procesión extraviada de fatales sentencias
cortejo de misterios
náufragos de la bruma...

Pasan las Almas... ; Almas
que fuisteis cual regazos...
Almas como sirenas — de una traición de oro...
; Almas que nos clavasteis en la cruz fervorosa
de vuestros propios brazos!...!

Almas como la Estrella Polar de los navegantes...
en el piélago inmenso
en las noches profundas.
Almas que fuisteis ídolos
Almas que fuisteis aras de vitales ofrendas
y sacrificios sumos

Almas suaves, liliales, de lunares sonrisas...
Almas como corceles desmelenados! Almas
como graálicos filtros
Almas como vampiros...
Almas como venenos...
Almas como puñales...

Es la desoladora pujanza de los Recuerdos
cuyos ojos nos miran fijamente en la sombra
cuyas voces nos llegan á través de la muerte
cuya atracción sentimos latir en lo remoto.

Que aun parecen llamarnos,
con sus claras sonrisas, desde el hondo Imposible
que aun nos tienden los brazos
desde aquel otro lado del insalvable abismo...
que aun nos hacen amigas
señas, desde los Astros...

AURELIO DEL HEBRÓN.

Lo esperado

A Manuela Núñez, con cariño.

— No me digas. ¿Rotas, completamente rotas las relaciones con Amanda? No te creo. — Todos mienten con un desparpajo tan grande... y Elena dejó oír por breves instantes, su fresca y sonora risa.

En el vasto salón regiamente iluminado, las parejas se paseaban dialogando.

— Eres inerédula, sin motivo alguno. Bien me conoces para hacerme la injuria de una desconfianza. A cualquier otra persona que no fueras tú, talvez le mintiera por aquello de que no cabe mayor ridiculez que invadir los predios de las confianzas pasionales en los parajes aquellos consagrados por entero á las huccas locuras del espíritu.

— Pero así, tan de sopetón, cuando ayer mismo al atardecer te vieron muy entusiasmado con ella en la puerta de su casa...

— Es cierto. Todas las apariencias dicen que nuestras relaciones se mantienen en todo su apogeo. Ignoran, los que juzgan por ellas, que un abismo muy hondo nos separa para siempre.

— Todo puede suceder, pero no me explico las causas que pusieron fin á unas relaciones que llevaban tan buen camino.

— Si no tienes inconveniente en entregar un cuarto de hora de tu vida á mi revelación, olvidando el baile y las personas que nos rodean, iremos á sentarnos y esencharás de mis labios todo lo que *pueda* convencir á tu convencimiento.

Ernesto y Elena cogidos del

brazo cruzaron el vasto salón resplandeciente, deteniéndose de vez en vez para dejar paso á una que otra pareja atortolada sumergida en quién sabe qué charlas insustanciales. Así llegaron á un extremo apartado del salón, donde se sentaron en un amplio sofá, cerca de un enorme jarrón chinesco desbordando en flores. Mientras la orquesta en raudales de armonías ejecutaba un Boston y las parejas parlanchinas poblaban la sala de rumores y perfumes entremezclados, Ernesto dijo á Elena, casi al oído, el final de sus amores.

— Tú bien sabes lo mucho que yo idolatraba á Amanda.

Tarde y noche, todas las horas que mis ocupaciones me dejaban un momento libre, lo pasaba junto á ella escuchando su voz, embelesado por todas sus tonterías de mujer mimada, sin cálculos de ninguna naturaleza, dichoso y contento. Cada día transeurrido, cada minuto nuevo que vivía su cariño, mi pasión por ella se agigantaba hasta el punto de haber abandonado el café y las reuniones con mis amigos para destinar todos mis entusiasmos y mis anhelos á su trato único. Su ingénita bondad, sus lágrimas mismas, pues que también lloró por mí, no obstante el negro pesimismo intelectual inerustado en mi cerebro hasta el extremo de llegar á negar sus manifestaciones sinceras de cariño, tuvieron la rara virtud de transformar mi concepto del amor, tornándome en un esclavo sumiso de las mani-

festaciones que antes negara. No sé qué arte diabólico empleaba para que se hubiera operado en mí cambio tan radical, pero lo cierto es que á los quince días de tratarla, la creí la más buena de todas las mujeres. Era tan dulce su modo de expresarse, me hablaba con tal entusiasmo mimoso de sus esperanzas, de todo lo que en ella vibraba al recuerdo mío; sufría tan hondamente mis gestos á las veces birientes, á las veces irónicos, mis insinuaciones poniendo en duda la magnitud de su amor, que desconfiar de ella fuera terquedad ó mero deseo de ser injusto por la injusticia misma. Sin embargo de este convencimiento y á medida que su cariño iba saturando mis sentimientos, nacía la idea del primer beso, broche de oro que guardaría para siempre, como en un relicario extraño é inolvidable, el fuego pasional que animaba su corazón y el mío. Lo ansiaba con toda el alma, borrascosamente, hasta el punto de constituir una obsesión muy dolorosa. Sabía que en la muda expresión de unos labios que se agitan convulsionados por un sentimiento de amor gigantesco, podía encontrar la suprema revelación del amor de Amanda. Y lo deseaba para medir la diferencia que existía entre el cariño jurado

con la boca y con los ojos, y el que no se jura pero se manifiesta en una convulsión orgánica á través de unos labios que son la expresión fiel de una idealidad y de un deseo pujante y avasallador.

Una tarde me atrevi á insinuarle este deseo, con voz balbuciente, fijos mis ojos en los suyos, para arrancar de ellos una expresión que hablara al unísono con mis deseos. Debido quizás á mi estado de ánimo creí



REYNOLDS — Angélica Kauffmann

ver en la mirada de Amanda como un consentimiento tácito á la realización de mi deseo, á la vez que un aplazamiento de la hora en que debía realizarse. Me disgustó esa trepidación, pero con todo no desmayé á la espera de una ocasión propicia y venturosa. No deseaba pecar por precipitado, aunque tuviera el con-

vencimiento de que, al igual que el hombre, la mujer que ama con fuerza superior, sin gazmoñerías ni cálculos, debe sentir idénticos deseos de caricias y por lo tanto no ceder al razonamiento y á la obstinación, lo que debe ser el resultado de una necesidad imperiosa y solemne.

La ocasión se presentó una noche calurosa de estío, clara y serena. La temperatura bochornosa nos ahuyentó del escritorio donde solíamos platicar larga-

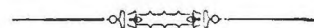
mente todas las noches, bajo la severa vigilancia de Gemma, su hermana menor. Nos encaminamos hacia el jardín, instalándonos bajo la comba de una glorieta de glicinas y rosas.

Las cigarras y grillos orquestaban con sus élitros una música extraña, con no sé qué algo que incitaba al amor. El ambiente saturado con el perfume de las flores diversas que poblaban los canteros, pesaba sobre nuestros sentidos. Ni una brizna de aire agitaba el follaje tupido por donde la luna apenas filtraba sus rayos para dibujar sobre el piso de mosaico, extrañas formas de cosas inverosímiles. El cielo sin una nube, bañado por una palidez láctea, parecía que nos insinuaba algo de su alegría tranquila y riante. Juntos el uno al otro, sentados sobre un rústico banco de cal y canto, escuchando nuestras respiraciones, hacía un rato que permanecíamos mudos. Nos miramos sin pestañear, las manos entrelazadas apretadas con toda la fuerza de nuestros nervios en tensión. Luego, sin transición, estallando casi en un grito, le pedí que me diera un

beso en la boca como expresión acabada de su cariño inmenso. Hubo una negativa primero, un movimiento instintivo hacia atrás esquivando mis labios convulsionados, pero obsediada por mí, empujada irresistiblemente por mi deseo frenético á la explosión de los suyos, consintió por fin y me ofertó sus labios queridos donde dejé un beso hecho todo de fuego, de sangre, vigoroso como mis ansias contenidas por tanto tiempo. Ella no movió siquiera los suyos y si lo hizo fué con tal frialdad que todas mis ilusiones, todas las creencias depositadas en su amor, todo lo que en mí había germinado fecundado por las miradas y el lenguaje de Amanda, se derrumbaron estrepitosamente. Sentí en mi corazón, en mi cabeza, al contacto de aquellos labios inexpressivos un desgarramiento tan doloroso, que cuando volví á mirarla la desconocí, ya no era la misma mujer en quien depositara fervoroso y alegre hasta ese momento, la fe inquebrantable del porvenir y de la felicidad.

Mi amor por Amanda, había muerto. Ella aun no lo sabe.

PERFECTO LÓPEZ CAMPAÑA.



ORIFLAMA

Hombre: ama tu idea
Sin temor á la herida, —
¡Siempre causa una herida
El tener una idea!

Cual se quema una tea
Se ha de quemar la vida:
Mata su propia vida
Pero alumbra, la tea...

Detrás de toda luz
Se levanta un martirio:
Yo saludo el martirio
De Jesús en la cruz.

Hay que ser hondo y fuerte...
Y por amar la vida
Perdiendo hasta la vida,
Seguir hasta la muerte!

ERNESTO MARIO BARREDA.

La última nota de un poema

Para APOLO.

Si alguna vez, vosotras, almas siempre ávidas de nuevas sensaciones, llegasteis en vuestras peregrinaciones á través de las páginas, á interesaros por esos personajes de que nos hablan ciertas leyendas en quienes el amor parece ser más fuerte que la muerte, — y la atmósfera de castidad con que las envolviera la ingenua imaginación del que las escribió, os lleva á representaros el tiempo, el medio, el personaje, y llegáis á vivir por unos instantes su misma vida, á sentir su pasión, — creéis con él que nada hay fuera de ella, que la muerte es menos fría, menos triste que un abandono. Si, por la pasión pura y desinteresada á que se habrán dado, sin *reserva sin deducción* alguna, había algo de ese romanticismo que nos cuentan esas leyendas que aun viven por virtud talvez del fuego que las inspiró, que las hizo invulnerables á la acción del tiempo y la polilla, — abandonadas en los empolvados rincones de viejas bibliotecas.

¡ Ah! pero yo no sé si debo, si hago bien en enteraros de una cosa tan íntima, como es el contenido de una carta.

De una carta que á mí se me encomendó su entrega, pero que no pudo llegar á su destino, debido á que la muerte se me anticipó. El golpe que la implacable segadora asestó en una, fué lo suficiente para que la otra le siguiera; eran dos vidas que el amor había fundido en una sola. Y ya que lo insalvable de las circunstancias se opuso á que llegara á su destino, juré guardar, como se guardan ciertas cosas muy queridas, en esos relicarios que luego se arrojan al fondo de algún baúl, para abrirse talvez, algún día en la vida, ó no abrirse jamás, por temor á que la voz que guardan de las cosas que fueron, despierte emociones que uno ya talvez no se siente con fuerzas para soportar.

Bien, que sea ésta la primera y última vez que mi relicario se abre para mostrároslo.

Dice así:

Querida amiga: El principio y fin de esta carta es triste, todo en ella será triste; por eso su lectura ha de producir en tí, la misma dolorosa sensación que á mí me produce el escribirla. Para no prolongar demasiado esa tristeza en ambas, trataré de hacerla breve, aun cuando tengo tanto que comunicarte, cosas que él depositó en mí, para que te las enviara á tí, alma pura, alma buena, que tuviste la virtud de despertar en él una pasión tan grande, que algún calor ha de llevarle al frío de la muerte, para hacerla menos cruel, sino con nosotras, con los corazones que todavía tienen esperanzas en el amor. La noticia no quise comunicártela de inmediato, me detuvieron las consecuencias, por eso esperé á que primero lo supieras por medios indirectos.

Ayer lo enterraron. Jamás me han impresionado tanto las flores, como me impresionó el ramo que tú mandaste. Yo las recibí, y á pesar de haber hecho un viaje tan largo, llegaron tan frescas, tan perfumadas y tan húmedas, que se parecían á un alma enamorada

cansada de llorar. Cuando descorrí el papel que las cubría, me pareció que las animaba una vida extraña, ajena á su naturaleza; que sus corolas miraban, con mirada ávida, como preguntando: ¿dónde está? contentas de su destino.

Tuve un momento de loca alegría, me pareció que se iban á transfigurar en tí, y las llamé por tu nombre. Tú por ellas, ó ellas por tí parecían llorar sufriendo la desolación de la hora. Apenas tuve tiempo de colocarlas entre sus manos. La alucinación que sufrí, me desmayó, me sumergió en una especie de somnolencia que me duró hasta hoy, de lo que me alegro; pues si hubiera estado en pie, quién sabe si habría permitido que se lo llevaran. Al corazón que quiere, no le convence el decir del poeta: que haya *un cadáver más, qué importa al mundo*.

Cuando cayó enfermo, apesar de que los médicos no consideraron el caso de gravedad, se apoderó de mí un presentimiento tan triste, que ni aún en los momentos de reacciones favorables, me permitía creer en el definitivo restablecimiento.

¡Ah mi querida amiga! yo tendría que entrar á enume-

siempre igual monotonía del cuarto, con el pedazo de cielo y las plantas del jardín, que desde allí se divisan.

Tú recordarás la fecha en que cayó en cama, en los primeros días de Otoño, y á los pocos de haber dado el último examen de la carrera. Después de haberle dado la última estocada como él me decía; pero él también quedó herido en el esfuerzo que hizo para vencer. Su lucha, fué una lucha desesperante, un duelo á muerte. Su victoria la pagó con su vida. Tú sabes demasiado bien cómo fué ésta aunque breve su trayectoria, llena está de irisaciones dolorosas.

«¡Qué raro encanto -- me decía -- tienen para mí estas tardes de Otoño!

«Esa tristeza que de todo parece desprenderse y que yo res-



CUADRO DE REYNOLDS

rar aquí multitud de detalles, insignificantes algunos, para demostrar en qué se fundaba mi presentimiento, pero ya no tienen objeto, además sería hacerle una nueva disección á mi alma, entrando á recapitular todos aquellos hechos que se sucedieron antes de su caída.

Lo primero que me pidió fué que arrimara la cama á la ventana del patio, así recreaba la vista amenizando la

piro á manera de perfume, despierta en mí, tantas y tan múltiples sensaciones, que á veces al seguir sus acordes, me siento desvanecer en el ritmo de la onda,...

«Es algo que viene hacia mí, ó sale de mi interior, algo como el eco plañidero de una lejana melodía; talvez, la voz de lo que se va! — la despedida del sol que se pone, el rodar de las hojas que caen...

«Si yo fuera poeta, para cantarle á Ella, buscaría el refugio de esos apartados y silenciosos retiros que el Otoño diviniza con sus tristezas, libre de la presencia de ojos vulgares, hechos nada más que para la simple curiosidad, en la seguridad de que todo lo que en mí hubiera de artista, se iría vibrando con mi alma en una estrofa.

«Pero, una pena inquietante, mortificadora, me roe en mi interior. Alguien ha dicho que todos cumplen en la vida — en la medida de sus fuerzas — lo que han prometido. En mí, la promesa, se desvanece con mi vida. Para ella, y luego para mi juventud será causa de un derrumbamiento de esperanzas.

«Hay una fuerza secreta, misteriosa, superior á toda energía vital, que nos gobierna á su antojo. Ella al moverse nos tritura, consciente ó inconscientemente, tal como nosotros al movernos trituramos á millares de seres, de seres infinitamente pequeños, sin oír siquiera su lamento.

«En nosotros también, lamento ó protesta, es perenne el grito contra la brutalidad de esa fuerza.

«La juventud es la aurora de esta vida ¿quién duda que el día le sucederá? — por eso es dolorosamente triste, ver á esa aurora convertida en obscura y fría noche.

«Si en estos momentos, en que todo parece esforzarse por hacerme visible la nada de las cosas, su final inevitable, la tuviera para asirme á su cuello y ver renacer mi vida en su mirada.

No veo, no pienso, no siento más que una sola cosa; su imagen! me parece que viene hacia mí, con los brazos tendidos, dispuestos para la caricia...

¡Ah! Si la distancia no fuera tan cruel, éste sería un momento glorioso para nuestro amor!

Yo, al oírle no podía menos que llorar, pero sabía que esto le hacía mal, y tenía que sobreponerme á las lágrimas, mostrándome con mucho valor, para decirle que esos esfuerzos que hacía le excitaban demasiado, favoreciendo el avance de la enfermedad; que tú pronto vendrías á verle, ó que él pronto estaría bien para ir á verte.

Al decir esto, él se reía. No quiero acordarme de aquella risa; y, sin embargo, ahora mismo me parece sentir su eco. Desde que cayó en cama, tuvo conciencia de su gravedad. Jamás he visto una serenidad tan grande ante el peligro. El, sin inmutarse, al salivar, observaba lo que arrojaba. Al principio se impresionó un poco, luego se familiarizó, y aquella sangre que salía, era para él como si obedeciera á una necesidad orgánica. Pobre ilusa me decía, — es bueno tener ilusiones en la vida. «Nada más triste que el que no las tiene. «Yo también las amé mucho, mientras tuve aspiraciones. Ellas me permitieron muchas veces sonreír, cuando me

sentía cansado de la continua brega; con la sonrisa del convencido de que al fin vencerá. «Y me asombraba de la prodigiosa fecundidad de mi naturaleza, era un perpetuo surgir y renacer de ilusiones, cuyo ensordecedor tumulto ahogaba en mi interior el grito que la lucha provocara.

Tenerlas en demasía es peligroso, le hacen aspirar á tanto, sin pensar en las causas finales, y éstas suelen ser de dolorosas consecuencias.

Hoy ya no tengo ninguna, el calor de la lucha que las alimentaba, acabó por marchitarlas, y todas, una á una fueron cayendo como esas hojas que ruedan. «Estoy como mañana estarán esos árboles, sin hojas. «Mi vida está en el horizonte, como ese sol que se pone. Empieza á franquear ya, la divisoria que separa ésta de la otra vida. Es necesario pues, que se vayan familiarizando con la idea de que pronto no me verán más, así les será menos dolorosa mi partida.

Mientras hablaba, yo estaba como el ajusticiado á quien leen la sentencia. Aquellas palabras de hielo me congelaban la sangre; pero luego que terminaba una fuerza imperiosa, extraña se apoderaba de mí. ¿Por qué, me decía, él también no ha de tener su primavera, como lo tendrán mañana esos árboles? ¿por qué él también no ha de tener su nueva aurora, como la tendrá mañana ese sol que se pone? Y ante el imposible que la realidad me presentaba, donde iban á chocar todas mis energías, deseos locos, furiosos se apoderaban de mí. Deseos de ser yo, quien diera el golpe, anticipándome á la hora, para caer todos juntos...

Me sublevaba, me sacaba fuera de mí, el pensar que todos nuestros esfuerzos, y el de los médicos, eran incapaces de retener el lento pero continuo desmoronamiento de aquella vida.

Se había decretado su caída, é inevitablemente tenía que caer. Aunque su deseo por verte era demasiado grande, yo me felicito de que tu viaje no se haya realizado enseguida, en la creencia de que la enfermedad no sería tan rápida. Para mí hubiera sido doblemente doloroso, me habría faltado el valor necesario que me sostuvo en pie hasta el último momento. La que me acompañaba y me ayudaba en todo era mamá. Papá tenía á su cargo el cuidado de los chicos, pues los médicos habían ordenado su retiro por temor al contagio.

Tus cartas, mi amiga, tenían una virtud medicinal tan grande, superior á todo lo que el médico le recetaba, — creo que á haber sido otra la enfermedad, ellas por sí solas hubieran sido suficientes para curarle, — mientras las leía yo le observaba, y era tan visible su alegría, que parecía empezaba á convalecer. Las horas para mí más tristes, interminables, y á las que le tenía miedo eran las de la noche. Durante largo rato, aun cuando ya las había releído de día, se lo pasaba leyendo tus cartas, que luego colocaba debajo de la almohada.

Después entreteníamos nuestras veladas, leyendo al amor de la luna á veces, algunos libros, sobre todo las partes subrayadas de los que tú le mandaste; — cuando estaba con ánimo me recitaba versos de Musset, Cyrano y la sonata de Nájera.

Las noches pasadas después de haber leído tus cartas de la semana me dijo: «Como esta noche tengo poco sueño, voy á entretenerme haciendo algo, alcánzame el cofre, donde están las demás. Cuando se las traía estiró los brazos, con esa misma júbilosa alegría que los tendemos cuando vamos á recibir algo muy querido, que no veíamos por efecto del tiempo y la distancia.

He aquí lo que un día constituyó mi más querida y poderosa esperanza, en torno de la cual giraban todas mis aspiraciones, — también ella tendrá el mismo fin que las demás.

«¡Pasión devoradora, todavía quedan algunas gotas de sangre en mis venas para arder, tú las quemarás!»

«He aquí lo que mi corazón guardaba como un tesoro, donde iba á refugiarse cuando se sentía cansado por el trágico cotidiano, para hacer menos triste, menos fría la distancia». «También el cofre de los amantes cuando no es eterna la felicidad que en él se ha depositado se convierte en sudario». Luego besó, acarició todo largo rato. Las últimas lágrimas que le quedaban las derramó sobre tu retrato. Yo me había inmovilizado en la contemplación, maquinalmente miraba todo aquello, durante las dos horas que estuvo en esa tarea, permanecí en silencio, él habló solo. La emoción que todo aquello me produjo, me tuvo largo rato sin sentido.

Después me pidió papel para escribir y lo necesario para empaquetar todo. Este pedido confirmó lo que presentía. Quise rehusarme haciéndole ver que era demasiado tarde para esa tarea; que descansara; al otro día tendría tiempo. Mañana tendré tiempo de descansar, de lo que quizás no tendré tiempo, es de hacer este trabajo, fué lo que me respondió, y tuve que obedecer.

Renuncio á describirte, mi amiga, todo lo que sucedió después de esto. Yo no me siento con fuerzas para soportar la emoción que su recuerdo me ha producido. Ya te contaré todo cuando nos veamos.

Tu retrato se lo llevó, quiso que tu imagen le acompañara, por si el viaje que emprendía era demasiado largo. Todo lo demás, en la forma que él lo arregló, junto con su carta lo recibirás mañana. El portador es el amigo más íntimo que en su vida tuvo, el que le acompañó hasta en sus últimos momentos.

Cuando me puse á escribir ésta era la una de la tarde; me acabo de asomar á la ventana, y la luna me ha sorprendido con su luz blanca y fría la misma que nos acompañó en tantas veladas.

Adiós, mi querida amiga...

«Hoy al leerla he sentido la misma dolorosa tristeza que sentí cuando la leí por primera vez, y mi corazón ha vuelto á sollozar en la estrofa querida del poeta único.

Ninon, Ninon, que fais-tu de la vie

... L'heure s'enfuit, le jour succède au jour

Como un llamado á lo que ama, asustado por el doble presentimiento de la soledad y del pasar vertiginoso de las horas.

ISIDRO RODRÍGUEZ MARTÍN.

Poetas nuevos

Ofrecemos á nuestros lectores el retrato y una poesía de Carlos Maria de Vallejo, joven poeta que se inicia con vigor y que con Lorenzo Vicens Thievent ocupa un puesto de avanzada entre los poetas de la nueva generación uruguaya.

Dejamos para el criterio del lector el juzgar la obra de estos dos colaboradores de APOLO. Nuestra mejor recomendación es la lectura de los dos sonetos que insertamos en esta página.

Nota de Redacción.



Connubio sentimental

** Para APOLO.*

Hubo sonambulancias en la sala
E irisaciones mágicas y astrales,
Al posar tus dos nimbos siderales
Sobre el teclado en fugitiva escala.

Tu mano fervorosa como un ala,
Hizo vibrar secretos ideales,
Y sonaron acordes inmortales
Con profusión magnífica de gala.

En la ansiedad de una pasión triunfante,
Diste al piano, tu alma en ese instante,
Y ante el delirio de su afán, rendido,

Adormeció sus ecos lentamente,
Para escuchar absorto y tiernamente,
Del corazón el rítmico latido...

CARLOS MARÍA DE VALLEJO.

Iconoclasta

Para APOLO.

Tus vestidos cayeron con romana indolencia,
tu cabellera, dócil, se extendió por tu espalda,
tu piel se matizó de fina erubescencia
y en tus ojeras lívidas durmió un pétalo gualda.

Tus labios en galante bienvenida á la esencia
de los míos mostraron su purpúrea guirnalda;
se estremecieron, púberes, tus senos en demencia
de placer, y se hincharon tus venas de esmeralda.

Desmayé en un ocaso de inconsciencia absoluta;
mi cerebro apoplético vió una boca impoluta
con la extrañeza erótica de los placeres hondos;

Tembló tu cuerpo blanco de ninfa imaginaria...
y de sus ansias ígneas fué víctima precaria
la conjunción estrecha de tus muslos redondos.

LORENZO VICENS THIEVENT.

BIBLIOGRAFICAS

Libros y folletos recibidos

PRELUDIOS, por Ricardo Miró — Panamá — Como su título lo indica, es este el libro de un iniciado. Las poesías que componen *Preludios* son el fruto de un cerebro bien nutrido que empieza á manifestarse. Hay en muchas de ellas derroche de colorido y riqueza de imaginación, pero les falta el sello de la personalidad que no dudamos adquirirá Ricardo Miró, dadas las aptitudes y el talento que acusan las composiciones de *Preludios*. Para perdurar, es necesario ser personal. Y eso se consigue con el tiempo, á medida que el escritor va conquistando fuerzas que le permiten aislarse de los demás. *Preludios*, repetimos, es el fruto de un cerebro bien nutrido, de un poeta verdadero que comienza á revelarse y que triunfará. Agradecemos el envío.

NUEVO CANJE

GACETA ILUSTRADA — *San Juan de Puerto Rico* — De esta revista de literatura y actualidades hemos recibido el número 107. Exornan sus páginas hermosos fotografías.

FULGURACIONES Y ECLIPSES — *Concepción del Uruguay* — Acusamos recibo de esta revista mensual de literatura, ciencias y variedades, que dirige el señor Alf. Parodié Mantero. Ella está bien impresa, pero no trae colaboraciones de importancia.

LA SALUD — *Montecideo* — Nos ha visitado el primer número de *La Salud*, órgano oficial del Instituto Naturista. He aquí su sumario: ; *Salud!*; *Decálogo de un centenar*; *La curación Natural*; *La inútil Vacuna*; *Prácticas Fortificantes*; *Variedad*.

LA PATRIA DE DARIO — *León (Nicaragua)* — Ha llegado á nuestra mesa de redacción el número 2 de esta interesante revista de arte que dirige y redacta el señor Leonardo Montalván. Su sumario es excelente. Baste decir que en él figuran las firmas de Manuel S. Pichardo, Emiliano Hernández, Luis Tablanca y otros escritores de renombre.

MENSAJE LITERARIO — *Mérida (Venezuela)* — El número 4 de esta valiosa revista de literatura trae un número selecto de composiciones inéditas. *Mensaje Literario* es dirigido por el señor T. Carnevali Retali.

ARTE — *Maracaibo (Venezuela)* — Recibi-

mos los números 1 y 2 de esta bella revista literaria que se publica bajo la dirección del escritor José Agustín López. Su material es bueno. *Arte* llegará á imponerse en el ambiente americano, pues cuenta con colaboradores ya consagrados en el continente.

ALPHA — *San Salvador* — Ha vuelto á visitarnos esta publicación quincenal de artes, ciencias y letras, que redacta el conocido escritor S. Cortés Durán. Por la bondad de sus colaboraciones y por su delicada presentación tipográfica, *Alpha*, es rara avis en el ambiente salvadoreño.

EL MASÓN MODERNO — *Madrid* — El número 27 de este periódico, órgano oficial de la Masonería mundial, ha llegado á nuestra mesa de trabajo.

GERMINAL — *Asunción del Paraguay* — Tenemos á la vista el número 1 de este semanario que publican los escritores Rafael Barrett y José G. Bertotto. *Germinal* es un periódico valiente que dedica sus esfuerzos á la lucha en pro del proletariado.

REVISTA ROCHENSE — *Rocha* — El número 23 de esta importante publicación trimestral que redacta el señor Carlos N. Rocha, ha llegado á nuestra redacción. *Revista Rochense* es una de las mejores publicaciones que aparecen en nuestra campaña.

BOHEMIA — Dirigida por el señor Julio Alberto Lista, ha comenzado á publicarse en esta capital, una revista de arte, con el título que más arriba indicamos. Figuran en la lista de redactores elementos de gran valía que se destacan en nuestro ambiente literario.

LA PAZ — *Mérida (Venezuela)* — De este selecto periódico redactado por los señores Juan N. P. Monsant y Gabriel Picón Febres, hijo, hemos recibido desde el número 30 al 34. *La Paz* es un periódico político y literario que dá á conocer las producciones de los mejores escritores americanos.

LA LUCHA — También hemos recibido el número 14 de este excelente periódico que publica en Níco Pérez el talentoso escritor Ricardo Eguía Puentes. Su material es inédito y está firmado por escritores ya consagrados, la mayor parte de ellos, en nuestro país.

Con las revistas del exterior arriba nombrados dejamos establecido el canje.

DE ORESTES BAROFFIO

El dibujo del título que luce hoy nuestra revista, es obra del artista nacional con cuyo nombre encabezamos estas líneas. Fué encomendado á él por esta Administración, en la seguridad de obtener algo sobresaliente, como todos los trabajos que ha hecho el talentoso artista.

Rosa Ignea

Por Pérez y Curis

(Continuación)

— ¿Sí, Ofelia mía?

— Sí, Claudio, mi predilecto eres tú.

Se miraron un instante, tristes, silenciosamente tristes. Después, Claudio la oprimió contra su pecho, acarició su cabellera espesa, y balbuceó tímidamente en su oído:

— ¡Oh, mía! ¿Quieres? Amémonos una vez más aquí mismo, bajo el follaje musitante, en el misterio de la tarde que agoniza.

Y ella, respondió muy quedo:

Hoy no, Claudio. Temo que él llegue á casa y no me encuentre. ¡Qué me diría entonces ese hombre!

— ¿Y, cuándo, querida mía?

— Mañana de tarde, en casa — suspiró ella estrechándolo y envolviéndolo en una mirada de infinita adoración.

Y el rumor de un último y prolongado beso se extinguió como una égloga bajo el palio de los árboles.

II

Claudio Terán amaba á aquella mujer selecta, amable y soberbia; soberbia como el amor. La había poseído virgen, sin esas tramas vulgares que se urden al amparo del amor, y sentía por ella el mismo cariño y la admiración de otrora. Y ella se había entregado á él toda entera, sin reservas ni coyundas, impulsada por su corazón y acaso más por su temperamento ardiente de mujer que ama por el amor absolutamente libre.

Después, un mar de tormentas se agitó entre ellos. La guerra civil lanzó su grito estridente de muerte y desolación, y Claudio, rebelde á toda fracción que pidiera sacrificio de vidas por ideas y convencionalismos de un hato de paniaguados y no de una colectividad independiente y austera, optó por refugiarse en la soledad para no ser vejado por los numerosos prosélitos de aquel gobierno de barbarie que miraba el crimen, para fruición de su espíritu, como en una serie interminable de caleidoscopios trágicos.

Y durante su aislamiento de las cosas y

los seres humanos, los padres de Ofelia la prometieron en casamiento á un comerciante amigo, á pesar de las protestas de la joven cuyo amor por Claudio no habían desvanecido aún las lejanías de la ausencia. Sus protestas y lamentos no hallaron eco en el alma de sus padres. Sus sollozos fueron vanos. Allí donde clamaba el corazón de la mujer que tiende por un instinto de idolatría hacia la libertad de su psiquis, se impuso la voluntad del padre. Y su amor fué vendido en pública subasta, tal las cosas sin alma.

Todo matrimonio impuesto, tarde ó temprano lleva á la ruina á ambos cónyuges. Así, Ofelia, sufría horribles tormentos. Ya no era la Ofelia insigne, la divina de otro tiempo. La coacción que sus padres ejercieran sobre su corazón hecho á todos los sentimentalismos del amor, y luego el odio que la tosquedad de su esposo le inspiraba, la anonadaban terriblemente. Sin embargo, sus rasgados ojos negros, vívidos como carbunclos, aun hablaban de una belleza suprema y suavizaban, desvaneciéndolo casi, aquel dejo de pesadumbre que el dolor había estereotipado en su rostro de facciones puras, luminosamente puras. Las palabras del esposo hosco y frío, y la nostalgia sexual, destruían sus atractivos y excitaban

sus deseos. Y Claudio fué para ella un rayo beatífico y consolador horadando las tinieblas de su ocaso prematuro.

III

Lanzó un suspiro elocuente de añoranza, como en una evocación de sus angustias íntimas y sus reconditeces de luchador insondable, y dejó sobre la mesa los originales de su nuevo libro doloroso como él. Y mirándolos cariñosa y tristemente, como si una flor predilecta de su espíritu quedase allí, abandonada un instante en la quietud de soledades inmensas, salió de su estudio, miró la avenida en fiesta, y marchó lentamente, sin rumbo, murmurando como un somnábulo:

¡Ella sola! ¡Ofelia!

Y se detuvo allá lejos, en la región del Parque Urbano, donde, de cuando en cuando, algún espíritu abstraído como el suyo poblaba la soledad de aquella hora de canícula.

Claudio Terán estuvo allí largo rato respirando el perfume de las frondas que subía en oleadas exquisitas á su corazón hastiado y evocaba sonrisas de vírgenes amatorias, y sus ojos, velados por la tristeza, se inaninaban ante la pompa primaveral que irradiaba

aquí y allá, en las hojas de sinoble y en las flores en eclosión que reverberaban al sol sus pétalos de rara poliformía.

¡Cuán hermoso era aquello! A un lado los haces de margaritas mostraban su corazón cual inmensa gota de oro que emergía de su corola de nieve; en frente, una variedad de malvones tremolaba sus púrpuras de incendio sobre la alfombra del césped que se extendía como una lápida de mármol verde; y más allá, en la orilla de los lagos dotados de grutas artificiales por cuyas oquedades asomaban corolas multicolores, una columna de sauces proyectaba penumbras de crepúsculo selvático. Y luego, todo bordeado de sauces y eucaliptos.

Lene aroma de cercanos heliotropos insinuábase á menudo en el ambiente de la tarde, como un bálsamo divino desprendido de ignota ánfora. Y Claudio, después de respirarlo con afán, salió de su arrobamiento y repitió contristado:

¡Ella sola! ¡Ofelia!

Y marchó hacia la ciudad con deseos de verla y abandonarse en sus brazos.

La hora de la cita de aproximaba. Claudio avanzaba lentamente, con aire de soñador, abstraído en su propia vida; movía los labios hablando consigo mismo y gesticulaba dominado por la neurosis.

IV

Ofelia estaba impaciente como si una miriada de dardos lacerase sus carnes incitantes, jóvenes aún y trémulas de voluptuosidad.

— ¡Ya no viene! ¡Qué lástima! — se decía á cada instante; y retiraba con indecible inquietud los brazos apoyados sobre la balaustrada del balcón, se arreglaba el cabello, miraba hacia todas partes, y tornaba á su primera actitud con gestos de honda tristeza.

Vestía un traje de batista purpurino con escote cuadrangular que mostraba al desnudo las eminencias del seno, albo como el alabastro, y armonioso y expresivo como un dúo de paloma gemelas.

De pronto, sus ojos se animaron como por ensalmo y giraron en la órbita, deslumbrantes, con deslumbramientos de astro; y una sonrisa de placer iluminó sus labios é hizo hoyuelos en sus mejillas. Había visto á Claudio y sus fibras todas se estremecieron de júbilo como en aquellos días de sus emociones nuevas y sus rubores de virgen tímida. El, sonrió al verla también, con la satisfacción y alegría de un niño colmado de regalos, y Ofelia aparecía á sus ojos paganos cual un ibis rojo destacándose en la semipenumbra del balcón.

— ¡Cómo has tardado, amor mío! Ven — dijo ella, contemplándolo con un gesto de afecto y coquetería á la vez que exteriorizaba sus pensamientos íntimos y su fiebre pasional.

Y ambos fueron hacia el jardín de la estancia donde los jazmines en floración exuberante fingían hostias realizando su blancura entre el verde aterciopelado de las hojas, y los claveles y los heliotropos eran como un remedo de las tonalidades polícromas del horizonte.

Allí, en un canapé como de mimbre, pequeño y débil, que crujía con el vaivén de sus cuerpos, cantaron la alegría del pasado, el primer beso, la primera cita, y luego el triunfo del amor tal como ellos lo concebían, exento de insanas hipocresías.

Y evocaron los coloquios de otros días y sus deleites emocionales en el jardín de la casa paterna.

Claudio la habló de su nuevo libro y de sus recientes luchas. Y ambos se dijeron sus secretos en bien de sus aspiraciones. Estaban emocionados. Y la emoción que aceleraba los latidos de sus corazones, y luego también el placer de verse solos, los alejaron de todo lo que los rodeaba. Apuraban las delicias de su sueño realizado; no pensaban sino en él, entregados ambos al nir-

vana de sus besos, abrasadores como el fuego. Y ambos, mutuamente enamorados de su exquisita sensibilidad de artistas, se olvidaron de los prejuicios de la vida y se dieron el uno al otro, completamente, cediendo á los impulsos de la pasión que todo lo domina con su estallido triunfal. Y en tanto, percibían solamente sus palabras, tan distantes estaban de las cosas materiales. El bullicio de la calle y el rumor de los vehículos que en aquella hora estaban en su apogeo, no llegaban á sus oídos halagados como eran por el idioma del amor.

El esposo, que había ido de paseo, volvió á su casa más temprano que de costumbre, á causa de un contratiempo. Entró, abrió la puerta cancel, y fué en busca de su esposa.

Cuando Ofelia lo advirtió ya era tarde.

— ¡Infame! — gritó él, inyectados de sangre los ojos y el gesto sombrío y aterrador. Y armado de un revólver avanzó hacia ella.

Claudio, inerte, pero dispuesto á evitar el crimen, el sacrificio de aquella mujer que amaba y cuya única esperanza era él, en aquella hora de tragedia, le sirvió de parapeto interponiéndose entre ambos. Así cumplía él sus preceptos personales. El creía tan vil castigar á una mujer como violarla ó arrebatárle su virginidad enloqueciéndola con la cantárida de hiperbólicos visajes. Por

que no sabía fingir ni transigía con el sofisma universal que es arma de abyectos seres: Y, porque era un alma emotiva, hecha para llorar eternamente sobre el cuerpo de un ideal asesinado.

El esposo disparó su revólver y la bala rozó levemente la cabeza de Claudio, quien, con admirable gallardía, y una serenidad rara en él, nervioso por excelencia, cogió el bastón de su adversario que éste había abandonado y lo dejó caer sobre su frente, privándolo del sentido. Después miró á Ofelia que yacía desmayada sobre el canapé, la prodigó caricias infinitas y la dió á aspirar esencias fuertes hasta que volvió á la vida.

Cuando Ofelia abrió los ojos y vió á su esposo exánime, en medio de un reguero de sangre, exclamó:

— ¡Por Dios, Claudio! ¿Qué has hecho?

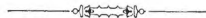
— No es nada, mi amor. Fué recio el golpe pero no mortal; pronto volverá en sí — respondió él, extendiéndole los brazos y besándola en la boca.

— Y tú ¿estás herido, verdad? Dime, Claudio, y ahora: ¿qué hacemos?

— Ven, no te inquietes — murmuró él, cogiéndola de la mano y dirigiéndose hacia la calle.

Ya afuera, interrogaron al cochero que esperaba las órdenes del esposo. Luego

subieron al coche que partió velozmente y se perdió en la lejanía, mientras la tarde agonizaba y una pálida estela de oro se estremecía sobre la faz de la mar apaciblemente azul.



Breviario epistolar

Correspondencia de "Apolo"

A. A. — La composición «Recuerdos del Uruguay», era demasiado extensa. Debido á haberseme extraviado, y no recordando su título ni el nombre del autor, no le contesté antes.

A. C. F. — No. Prosiga; «Estrofas» revela que usted tiene condiciones para llegar.

D. S. O. — «Ensueño» no es para Apolo.

JUAN GUERRA NÚÑEZ, (*Habana*) — Sale algo en este número; lo demás en el próximo. Apolo va siempre á Tejadillo, 1.

JULIO RAÚL MENDILAHARSU, (*Madrid*) — Ignoro su domicilio en esa. Le enviaré Apolo á la librería de Pueyo, Mesonero Romanos, 10.

MIGUEL A. RÓDENAS, (*Madrid*) — ¿Recibí mi tarjeta?

AMATEUR — Su verdadero nombre era Gérard Labrunie. Teófilo Gautier ha escrito mucho acerca de sus obras. Sus «Odelettes» son maravillosas. En prosa no he leído sino «Sylvie».

DRAMATURGO — Vea el número 16 de esta revista. Allí encontrará, íntegro, el juguete trágico «Lulú Margat», de Aurelio del Hebrón.

PÉREZ Y CURIN.

Obras de Perfecto López Campana

Obras de Pérez y Curis

PUBLICADAS

- «Nervosismos» (Páginas y estudios .
«Fanfarria de Prejuicios» (Crónicas, cuentos é ideas sueltas).

CONCLUIDAS

- «Desde el Patagonia» (Memorias íntimas de un aprendiz artillero .
«Mar de Fondo» (Novela de ambiente).
«En el jardín de las mentiras» (Cuentos).
«Hacia el porvenir» (Drama en tres actos y en prosa .

EN PREPARACIÓN

- Capítulo de Sociología Americana,
«El Uruguay» (Factores de evolución é involución).

PUBLICADAS

- «La canción de las Crisálidas»
«El poema de la Carne» .
(Poesías).
«Heliotropos» (Poesías)
«Rosa ígnea» (Cuentos).

EN PREPARACIÓN

- «Por jardines ajenos» (Páginas de Arte).
«Alma de Idilio» (Poema).
«Albas sangrientas» (Poesías de combate).
«La Ola» (Novela).
«En el huerto de los besos» (Poesías).



APOLO



REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL URUGUAY,
LA ARGENTINA Y CHILE .

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

Edición económica	\$ 0.15	oro
» de lujo	\$ 0.20	»




Administrador: LUIS PÉREZ (Alzáibar, 35)

La correspondencia literaria á PÉREZ Y CURIS

-- MONTEVIDEO (URUGUAY) --

APOLLO

Revista mensual de arte y sociología

Director-Redactor: Pérez y Curis  Redactor: Perfecto López Campaña
Secretario de Redacción: Ovidio Fernández Ríos

CUERPO DE REDACCIÓN

Julio Raúl Mendilaharsu — Corresponsal en Europa

Juan Picón Olaondo — Montevideo.
Francisco Villaespesa — Madrid.
Manuel Ugarte — París.
Enrique Olaya Herrera — Bruselas.
Luis G. Urbina — México.
Rafael Angel Troyo — Cartago de Costa Rica.
Guillermo Andreve — Panamá.
Froilán Turcios — Tegucigalpa (Honduras).
Santiago Argüello — León (Nicaragua).
Arturo Ambrogi — San Salvador.
M. Moreno Alba — Barranquilla (Colombia).
Miguel Luis Rocuant — Santiago de Chile.
Pablo Minelli González — Buenos Aires.
Rosendo Villalobos — La Paz (Bolivia).
Luis Correa — Caracas (Venezuela).
Guillermo Lavado Isava — La Victoria (Venezuela).
Remigio Romero León — Cuenca (Ecuador).
Juan Guerra Núñez — Habana.
José de Diego — San Juan de Puerto Rico.

Gran Sastrería PYRAMIDES

DE A. SPERA

Calle Sarandí números 226 y 228



En esta casa, la primera en su género de la capital, se encuentra siempre un variado surtido de casinires de las mejores fábricas Francesas é Inglesas.

Atiende pedidos de la campaña.

Consulte usted los precios que van al pie.

La casa no tiene competencia.

Se garanten los trabajos de la casa

— PRECIOS —

Traje de saco	de \$ 10.00	á \$ 22.00		
Jacquet	» » 22.00	» » 28.00	forro de seda	
Smoking	» » 18.00	» » 28.00	» » »	
Levita.	» » 30.00	» » 40.00	» » »	
Frac	» » 30.00	» » 40.00	» » »	
Sobretodos	» » 12.00	» » 22.00	» » »	
Pantalones	» » 2.00	» » 7.00		
Chalecos fantasía	» » 1.00	» » 5.00		

La casa tiene elemento especial

para el trabajo de medida

CALLE SARANDI, 226 Y 228

Al costado de la Metropolitana

LONGINES!



El mejor
del mundo



El más
exacto

Gran Prix Exposición

de París y Milán



En venta en todas

las buenas Relojerías